

objetos que puedan manchar la pureza; circuncidemos, en fin, nuestros oídos, á todos los cantares lascivos, á toda palabra de alabanza, á toda palabra de murmuración: *Circumcidimini in Domino*. Sólo así, siguiendo el ejemplo que nos ofrece hoy Jesucristo, podremos aspirar á su eterna compañía en el cielo.—AMEN.

PLÁTICA FAMILIAR Y PRIVADA

SOBRE

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR,

PREDICADA AL SEMINARIO CONCILIAR DE CÁDIZ.

~*~*~*~

*Cum natus esset Jesus, ecce
Magi ab Oriente venerunt.
Math., cap. 2.º, v. 1.º*

Justo es, señores superiores y profesores, amados seminaristas, que en este día tan solemne me dirija á vosotros, cual cumple á mi oficio ¹ y al amor que os profeso. Mi objeto es explicaros el misterio de la vocación de los gentiles, que la Iglesia nuestra Madre ofrece hoy á nuestra veneración.

Pero en misterios tan grandes, tan llenos de profundos arcanos como el presente, conviene examinar y meditar hasta sus más menudas circunstancias.

¹ El autor era Rector del dicho Seminario.

Principiando por las palabras que usa en primer lugar el evangelista San Mateo, voy á ocuparme hoy sólo de los Magos, exponiendo á vuestra consideracion, siguiendo á los santos padres y doctores católicos, quiénes eran estos personajes, su objeto, con las demás circunstancias dignas de saberse. Circunstancias, señores, que os parecerán tal vez de poco interés, pero que ayudan mucho á la meditacion del misterio. Estadme atentos.

Lo primero que debemos examinar es, quiénes eran los Magos. El evangelista les da sencillamente este nombre, que era sinónimo de sábios, segun los Padres Anselmo, Beda, Ruperto y otros muchos. San Basilio ¹ les llama *silentes* ú hombres dedicados en el retiro y el silencio al estudio de las ciencias naturales, exposicion en que convienen San Jerónimo ² y otros escritores sagrados y profanos. Algunos dijeron que eran sacerdotes de los dioses, intérpretes de sus oráculos gentílicos, por medio de la mágia, llamados por tanto Magos. Pero como la mágia puede ser de

1 Orat. de Nat. Dñi.

2 2.º Dan.

dos modos, lícita é ilícita, aquí se dividen los Padres y expositores.

Muchos, cuales son Nicéforo, el Papa Eugenio III, Beda, San Anselmo y otros, opinan que ejercian el oficio de Magos en buen sentido, siendo sólo una especie de sábios ó filósofos persas. Pero la mayor parte, como San Agustín, San Epifanio, San Jerónimo, San Ambrosio, Santo Tomás y otros, fundados en que la santa Escritura toma siempre en mal sentido esta palabra, creen que fueron verdaderos magos, supersticiosos, augures y consultores con malas artes del demonio.

Así resplandece más, amados míos, la bondad del Señor, que se dignó llamar á estos hombres, cuando tanto distaban de la verdadera fé y la fiel correspondencia de ellos á la voz de Dios, hasta el extremo de sernos de confusion y vergüenza.

Y ¿eran verdaderos Reyes? San Jerónimo ¹, Janse-
nio ² y otros dicen que no lo eran, fundándose en que la santa Escritura no hubiera omitido esta circunstancia que contribuiría notablemente á la gloria exterior del Salvador, y en que siendo Reyes, les hubiera visitado Herodes tratándoles con más consideracion, y de modo alguno les hubiera mandado volver á avisarle luego que hubiesen hallado y adorado á Jesus. Pero San Atanasio ³, San Anselmo ⁴,

1 2.º Dan.

2 Lib. 9.º de Concor.

3 Q. 2.ª, ad Reg.

4 Antioch., 4.º

San Cipriano ¹ y otros muchos Padres, juzgan que eran verdaderos Reyes, fundados en las palabras tan sabidas del Salmo 71, y en aquellas otras de Isaías ².

Supuesto, pues, amados míos, que esta es la opinión comun de los Padres y de la generalidad de los católicos, y que el argumento tomado del silencio de la santa Escritura nada prueba, por cuanto es un argumento negativo, y porque los tres amigos de Job, y aun el mismo Job, eran Reyes, sin que la Escritura les dé el nombre de tales, nosotros deberemos pensar que los Magos fueron verdaderos Reyes, resultando así mayor gloria á nuestro divino Salvador niño, reclinado en pobres pajas, olvidado y despreciado de la opulencia de aquella córte turbulenta y corrompida. Porque la púrpura no constituye á los reyes, ni los espléndidos banquetes, ni las doradas alfombras, ni las numerosas escoltas de aduladores, dice un escritor místico, sino la prudencia, la sabiduría y la sinceridad.

Otra de las circunstancias notables es la naturaleza de estos santos Reyes. ¿De dónde vinieron? Es evidente que vinieron de Oriente. Así nos lo dice el evangelista; pero como el Oriente comprende varias y muy extensas regiones, conviene averiguar el punto determinado de su naturaleza y residencia ordinaria.

1 De Bapt. Crist.
2 Cap. 60.

San Hilario ¹ dice que vinieron de los últimos confines de Etiopía; San Máximo ² de la Caldea; San Justino ³ de la Arabia; San Juan Crisóstomo ⁴ de la Persia; el Abulense ⁵ de la Mesopotamia. La opinión más probable, á mi juicio, es esta última, porque se cree generalmente que los Magos eran sucesores de Balaam, que vivió en la Mesopotamia.

Y ved aquí, señores, una congruencia de aquellas que distinguen las obras de Dios, cuando convierte el mal en bien. Era muy conveniente que viniesen del Oriente á la Iglesia las primicias del gentilismo, porque en el Oriente tuvo lugar el pecado original, y allí se verificó la muerte de Abel, principió la idolatría, y Balaam vino á Israel para maldecirle. ¡Cuántos misterios envueltos en la sencillez de palabras, al parecer redundantes y casuales!

Correspondiente á la condicion de estos santos Reyes, fué el medio de que se valió el Señor para llamarles á la fé. Eran filósofos, dedicados al estudio de las ciencias naturales, especialmente á la astronomía, estudio muy del gusto de los orientales, y Dios se vale de una estrella, así como se habia valido de los ángeles para llamar á los pastores.

El P. San Juan Crisóstomo ⁶ nos habla de una tra-

1 Homil. sup. hoc Evang.
2 Serm. de Ep.
3 Dial. contra Tryph.
4 Hom. in Matth.
5 Sup., cap. 24.
6 Imp., cap. 2.º super Matth.

dición muy acreditada entre los descendientes de Seth. Segun ella, habia de aparecer un dia una estrella de grande brillo, precursora de un hecho notabilísimo. Bien fuese que esta tradicion se conservara en el país de los Magos, bien que confiaran en el vaticinio de Balaam ¹: *Orietur stella ex Jacob*, los Magos, á su vista, comprenden el misterio que representa y salen presurosos en pos de ella hasta Jerusalem.

Esta estrella era de las comunes, no un planeta ni algun cometa, como quieren algunos, sino una estrella prodigiosa, puesta por Dios sólo con este objeto, dicen el P. San Juan Damasceno ², Orígenes ³, Nicéforo ⁴ y San Agustin ⁵. Era hermosa, movida por un ángel, guiada por el Espíritu-Santo, quien al mismo tiempo movia interiormente el corazón de los Magos para que le siguieran. Esta es la economía de las obras de Dios, amados míos; no bastan los signos exteriores; es preciso que ayude interiormente la divina gracia, y Dios no la niega jamás á los que la piden de buena fé y con sincero deseo de aprovecharse de ella. Ved por qué los judíos, testigos de tantas maravillas y depositarios de tantas y tan brillantes profecías, lejos de reconocer al Mesías, permanecieron en su funesta obstinacion. No buscaban de buena

¹ Núm. 24.

² Lib. I, cap. 7.º

³ Lib. I, cont. Cels.

⁴ Lib. I, cap. 15.

⁵ Lib. I, cont. Faust.

fé la verdad, buscaban sólo la satisfaccion de su vanidad y malas pasiones, y Dios les negó la gracia de que eran indignos.

Y ¿por qué no se dirigieron directamente los Magos á Belen sin tocar en Jerusalem? Por otra especial providencia del Señor, ya para que la noticia se divulgara en aquella populosa ciudad, metrópoli de toda la Judea, ya para que existiendo en ella el depósito de las santas Escrituras, en las que constaban de un modo terminante la época y el lugar del nacimiento del Mesías, nuestros testimonios se comprobasen con los otros. «Por esta causa tal vez, dice el P. San Agustin, se ocultaria la estrella al llegar los Magos á Jerusalem, porque los testimonios escritos son de más valor que los signos.»

Llegan, pues, los Magos á Jerusalem y preguntan por el que ha nacido Rey de los judíos: *ubi est qui natus est Rex judeorum?* Esta pregunta es tambien digna de notarse; no dicen el que ha nacido para ser Rey de los judíos, sino el que ha nacido Rey, cualidad, señores, que corresponde á Jesucristo, y sólo á Jesucristo. Los hijos de los reyes no nacen reyes; el tiempo, la sucesion, la eleccion ú otros medios establecidos por las leyes pátrias les constituyen reyes, y dejan de serlo por la muerte. Jesucristo nace Rey. Él es el Rey de reyes y señor de los que dominan, segun el libro del Apocalipsis ¹, aquel

¹ Cap. 19.

que lleva en su muslo escrito su nombre, el primogénito de los reyes de la tierra; aquel por quien reinan los reyes, dice el libro de los Proverbios ¹.

Pero notad de paso una circunstancia admirable. Los Magos reconocen á Jesus por Rey cuando le ven pobre, humilde, reclinado sobre unas pajas, en un establo de bestias; y Pilato le llama Rey de los judíos y sostiene su dicho, á pesar de la oposicion de aquel pueblo fanático, cuando le ve pendiente de una Cruz y morir entre dos malhechores. Hé aquí un prodigio que no se explica naturalmente, y es preciso recurrir al poder de Dios, que obra sobre el corazon y sobre el entendimiento del hombre por medios y modos desconocidos. Nada tendria de particular haberle reconocido y proclamado Rey cuando le vieron calmar los vientos y las tempestades; enfrenar las olas del mar embrabecido; alimentar á cinco mil hombres en el desierto con cinco panes y dar vida á los muertos; pero reconocerle y proclamarle en el establo de Belen y sobre la Cruz del Calvario, hé aquí, repito, un prodigio cuyo conocimiento sólo Dios pudo inspirar.

El P. San Bernardo, dirigiéndose á los Magos, les dice ²: «Bienvenidos seais, piadosos extranjeros, no hemos hallado tanta fé en Israel. Pero ¿qué es lo que os ha movido á reconocer como Rey á ese pobre niño? ¿Adónde están las señales de la dignidad real?

¹ Cap. 8.º

² Sermon 3.º, Eph.

¿Adónde los palacios, adónde el trono recamado de oro, adónde las riquezas, adónde sus escoltas, adónde su tren régio? Todo su aparato se reduce á un portal casi desnudo, á un pesebre de bestias; y toda su escolta, á la compañía de María y José. ¡Ah! ¡cuánto puede en nuestras almas la fé! ¡Oh fé, vida de nuestras almas, luz en las tinieblas, ciencia en la ignorancia, consuelo en las desgracias!

Vosotros, amados míos, despues de haber contemplado las grandezas del misterio de la vocacion de los gentiles, representado en la adoracion tributada por los Magos al Salvador recién nacido, penetraos de la heroicidad de su fé y que esta sea siempre el áncora de vuestra esperanza y el puerto seguro de vuestra salvacion.—AMEN.